

El relato de la Atlántida en el mundo antiguo

The story of Atlantis in the Ancient World

José ORIHUELA GUERRERO

Universidad Nacional de Educación a Distancia

pepeog@gmail.com

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2016.12.017>

Recibido: 15/11/2015
Aprobado: 10/09/2016

Resumen: En el presente artículo se realiza un recorrido por las distintas posturas y desarrollos provocados en el mundo antiguo, y también en el medievo, por el relato de Platón acerca de la Atlántida tal como fue formulado en los diálogos *Timeo* y *Critias*. Vemos así como casi desde un principio los autores que se ocuparon del tema se dividieron en dos grupos que hasta el día de hoy han permanecido casi intactos respecto a la forma en que consideran ha de recepcionarse el texto elaborado por el pensador ateniense, a saber, aquellos que lo consideraron una mera fábula forjada con intenciones ideológicas y aquellos otros que creyeron en la existencia de un referente real que sirvió de base al texto platónico, que sin duda alguna constituyó en esa época un punto de referencia para el pensamiento geográfico y geológico.

Palabras Clave: Atlántida, Historia Antigua, Filosofía Antigua, Geografía Histórica, Análisis Cultural

Abstract: This article offers a journey through the different positions and developments arising in the Ancient World, and also in the Middle Ages, from Plato's story about Atlantis as it was formulated in the dialogues *Timaeus* and *Critias*. It can, thus, be seen that, almost from the very beginning, writers on the subject were split into two groups which, up to this day, have remained almost intact in relation to the way how they view the text written by the Athenian thinker must be interpreted, namely, those who considered it a mere fable forged with ideological intentions, and those who believed in the existence of a real referent which was the basis for the Platonic text, which, undoubtedly, constituted at that time a benchmark for the geographical and geological thinking.

Keywords: Atlantis, Ancient History, Ancient Philosophy, Historical Geography, Cultural Heritage

Se trata en este artículo de averiguar qué opinaron las personas más próximas a la época en que vivió Platón acerca de su relato sobre la Atlántida; las que en teoría mejor lo conocían y que evidentemente respiraban la misma atmósfera cultural de la que brotó el texto que nos ocupa.

El primero en pronunciarse parece ser que fue Teopompo de Quíos, historiador contemporáneo de Platón –al que acusa de mentiroso y plagiarlo–. Pero nótese bien que lo acusa a la vez de mentiroso y plagiarlo, luego si bien considera que el relato contenido en *Timeo* y *Critias* –del que él mismo hará a su vez un plagio satírico en su relato de la fabulosa *Meropia*– es falso no así piensa con respecto a su originalidad; es decir, no es un invento de la mente de Platón sino una copia de un relato anterior al filósofo ateniense. Luego parece que Teopompo conocía o al menos tenía noticias de una fuente anterior al relato platónico, pues de lo contrario no se sostendría la acusación de plagio.

Pero qué duda cabe de que entre los detractores de la veracidad del relato platónico el que más peso adquiere es su propio discípulo Aristóteles (384-322 a.C.), tanto por su estrecha proximidad con el autor como por su enorme prestigio intelectual, acrecentado progresivamente con el correr del tiempo. El Estagirita sostuvo la idea de que el mismo que la inventó la hundió en el abismo, en un aparentemente inequívoco desmentido de la veracidad del relato contenido en *Timeo* y *Critias*. Incluso un detractor actual de la veracidad del relato como Pierre Vidal-Naquet se apresura a remachar el clavo trayendo a colación un argumento sobre la no mención de la Atlántida en el famoso pasaje del *De Coelo* (II, 14, 298a), donde el Estagirita no menciona a los elefantes de la isla platónica cuando alude a la unión por mar entre la India y las columnas de Hércules y sin embargo esgrime la existencia de tales proboscídeos en ambos lugares como prueba de la continuidad geobiológica. Pero en honor a la salvaguarda de la honradez intelectual del autor francés hemos de decir que casi sin solución de continuidad alude al texto de las *Meteorológicas* donde el maestro de Alejandro Magno alude al cieno existente más allá de las columnas de Hércules, en una clara referencia a lo establecido por Platón en *Timeo* – 25d– cuando habla del fondo cenagoso que la isla dejó al hundirse. Claro que puestos a hablar de honradez intelectual, no hace falta recurrir a estas pruebas tangenciales para referirnos a los conocimientos y la opinión de Aristóteles sobre el tema, pues mucho más relevante me parece la alusión directa a tierras situadas en el Atlántico que hace el gran pensador griego (*De Mundo*, III) cuando alude a unas islas y da expresamente un

nombre –Antilla– cuyo parecido con Atlantis es harto evidente. Y también parece evidente que Aristóteles no podía confundir esa isla Antilla con el continente asiático dados los conocimientos geográficos que poseía y debido a la valiosa información que además le proporcionaba en abundancia su discípulo Alejandro Magno. Luego independientemente de que Aristóteles creyera o no en el relato de Platón –en prueba de lo cual podemos esgrimir testimonios indirectos en sus textos tanto a favor como en contra–, lo irrefutable es que sabía de la existencia de territorios insulares situados más allá del estrecho de Gibraltar.

Y el propio texto que a continuación de estas palabras trae a colación el gran erudito francés es a mi juicio tan contundente como prueba sobre el conocimiento en la antigüedad de tierras en el atlántico –ya sea en pleno océano o en la vecina América–, que me limito a transcribir el fragmento atribuido al Pseudo-Aristóteles y que “*sorprendentemente*” –según comentario del propio Vidal-Naquet– también encontramos en Diodoro de Sicilia (V, 19), lo cual refuerza en principio la hipótesis de la procedencia de tal información de una fuente anterior a ambos autores. El texto dice así:

Él relata allí que algunos cartagineses, que se lanzaron al mar Atlántico, fuera del estrecho de Gibraltar, y navegaron durante mucho tiempo, descubrieron por fin una gran isla fértil, cubierta de bosques y regada por grandes y profundos ríos, muy alejada de cualquier tierra firme; y que ellos, y otros más tarde, atraídos por la bondad y fertilidad del suelo, se fueron allí con sus mujeres e hijos, y comenzaron a aclimatarse. Los señores de Cartago, viendo que su país se despoblaba poco a poco, prohibieron expresamente, bajo pena de muerte, que nadie fuese allí, y expulsaron a los nuevos habitantes, temiendo, por lo que se dice, que con el tiempo se multiplicasen de tal forma que les suplantasen y arruinasen su Estado.¹

Qué duda cabe de que la fuente en que se apoya esta historia ha de ser necesariamente de origen púnico, pues con el cierre del estrecho por los cartagineses en el siglo V el resto del Mediterráneo sólo podía acceder a las informaciones que se filtrasen por las rendijas de la política oficial de la potencia norteafricana, celosa guardadora de las rutas hacia las materias primas que se encontraban más allá del estrecho. A modo de ejemplo, hay pruebas fehacientes de que los capitanes de navío cartagineses tenían órdenes expresas de hundir sus naves antes de ser capturados y de que los rumores acerca de aguas intransitables y monstruos pavorosos respondían a una política de Estado tendente a conservar en secreto los resortes de acceso y dominio a los territorios oceánicos, fuesen éstos los que fuesen. Incluso por un mero cálculo de probabilidades resulta difícil creer que un pueblo avezado en la navegación como el púnico no aprovecharse la ruta de los alisios, que conecta gracias a las corrientes marinas las Canarias con las islas caribeñas. Que tal ruta se descubriese accidentalmente o que una vez descubierta no se fomentara su utilización son cuestiones de otro orden.

En el siglo IV anterior a nuestra era Hecateo de Abdera escribió un relato titulado *Los Hiperbóreos*. Y no hemos de olvidar que Teofastro, el más distinguido de los discípulos del Liceo, alude en los fragmentos 12.490 y 27.327 a catástrofes parecidas a la descrita en el *Timeo* acerca de la inundación de tierras emergidas como ejemplo de un fenómeno regular en geología.

Siguiendo con nuestro recorrido por las referencias a Atlantis en el mundo antiguo, hemos de mencionar el texto de Eliano (170-230 d.C.) donde se menciona la existencia en el estrecho de Bonifacio –entre Córcega y Cerdeña– de unos gigantescos carneros marinos cuyas manchas blancas en la frente servían de inspiración a las diademas que lucían los

¹ Vidal-Naquet, P.: *La Atlántida. Pequeña Historia de un Mito Platónico*. Akal. Madrid, 2006, p. 50.

reyes de la Atlántida (*Sobre la Naturaleza de los Animales* XV, 2). Richard Ellis proporciona la siguiente traducción del pasaje que nos interesa:

La cabeza del carnero marino macho está envuelta en una cinta blanca, como la diadema, podría decirse, de Lisímaco o Antígono o algún otro rey macedonio... Las gentes que moran junto al mar cuentan que los antiguos reyes de la Atlántida, que descendían de Poseidón, llevaban en la cabeza cintas confeccionadas con la piel de machos de carnero marino, como signo de autoridad. De la misma manera, las reinas llevaban cintas de la hembra del carnero marino...²

Este texto es de capital importancia para nuestra investigación, pues ni en Egipto, ni en la tradición homérica o platónica encontramos referencia alguna a un dato de este tipo. Y esto demuestra que o bien existía una tradición sobre la Atlántida cuya referencia hemos perdido, o se generó tras el relato platónico una tradición de hechos fantásticos complementarios alrededor del mito de la isla desaparecida. Y existe otra referencia a tierras situadas más allá del Viejo Mundo en la obra de Eliano; nos referimos al famoso pasaje del sátiro Sileno (*Varia Historia*, III, 18) que Robert Graves resume del siguiente modo:

Los jardineros lo ataron con guirnaldas de flores y lo condujeron ante Midas, a quién relató maravillosos cuentos sobre un inmenso continente situado al otro lado del océano, totalmente separado de la masa formada por Asia, Europa y África, donde abundaban ciudades magníficas pobladas por gigantescos, felices y longevos habitantes que disfrutaban de un excelente sistema legal. Una gran expedición –de al menos diez millones de personas– se dispuso en otro tiempo a cruzar el océano en barco para visitar a los Hiperbóreos, pero al comprobar que la suya era la mejor tierra que podía ofrecer el mundo, se retiraron indignados.³

Estrabón (63 a.C-24 d.C.) señala que Posidonio creía en la existencia de la Atlántida basándose en el prestigio que atribuía a la opinión de Platón, y él mismo apoya la tesis de que tal ejemplo sea esgrimido para demostrar las elevaciones y hundimientos del suelo por causa de terremotos y otros cataclismos.

En cambio no podemos más que aprobar lo que él (Posidonio) refiere de los levantamientos y hundimientos del suelo producidos por terremotos y otras causas análogas, que nosotros mismos hemos considerado más arriba. Aprobamos también que haya citado en apoyo de su tesis lo que narró Platón de la Atlántida, ya que podría darse que esta tradición no fuera pura invención.⁴

Por lo que respecta a Diodoro de Sicilia, si bien es cierto que la Atlántida a la que alude es la tierra de los hijos de Atlas, o bien habla de los atlantes como habitantes de regiones que bordean el océano, es de destacar su alusión ya mencionada a la experiencia colonizadora cartaginesa de una tierra lejana allende las columnas de Hércules. Concretamente nos habla de una isla (*Bibliothecae Historicae.*, libro V, 19) de gran extensión situada a varias jornadas del norte de África y dotada de una fértil vegetación y poblada abundantemente, que según él fue descubierta por los fenicios y cuyo conocimiento los cartagineses conservaron en secreto para evitar tanto un éxodo masivo que despoblara la metrópoli del norte de África como para contar con un lugar donde refugiarse si Cartago caía en desgracia.

² Ellis, R.: *En Busca de la Atlántida*. Grijalbo. Barcelona, 1998, p. 47.

³ Graves, R.: *Los Mitos Griegos* (II vols.). Alianza Editorial. Madrid, 2001, I, 375.

⁴ Estrabón: *Geografía*. Libro II, cap. III.

Su suelo es fértil, compuesto por montañas y amplios valles, estos últimos de gran belleza. Esta isla está bañada por ríos navegables. Se ven numerosos jardines con todas las clases de árboles y huertas recorridas por manantiales de aguas dulces... En una palabra es esta isla tan bella que más parece la residencia feliz de algún dios, que la de los hombres... Se encuentran en ella casas de campo suntuosamente construidas donde pasan la estación de verano los habitantes... Antes esta isla era desconocida a causa de su gran alejamiento del continente...⁵

Robert Schock realiza la siguiente inferencia respecto de las palabras de Diodoro:

De acuerdo con el testimonio de Diodoro Sículo, historiador grecorromano del siglo I a. C., los fenicios descubrieron, de forma accidental, una tierra al oeste como consecuencia de una tormenta que desvió un barco de su ruta en algún momento posterior al año 1104 a. C. Los habitantes de Cartago viajaron al nuevo territorio a establecer una colonia. Los etruscos, un pueblo semítico que vivió en lo que hoy es la Toscana italiana, tuvieron la misma idea, pero los cartagineses les detuvieron a la fuerza en el siglo IV a. C. Preocupados porque otros pueblos pudieran intentar establecer centros de comercio en las nuevas tierras, los cartagineses impidieron que se continuara con la emigración a esas zonas y mataron a los colonos que ya se habían asentado allí. Esta historia nos lleva a hacer una reflexión interesante. ¿Navegaron los fenicios, los cartagineses y los nubios juntos desde el Mediterráneo hasta el Atlántico? Y, ¿siguieron las corrientes y los vientos hasta Mesoamérica? Si así fue, habría una explicación para las representaciones de caras aparentemente mediterráneas y africanas encontradas en lugares como La Venta, Monte Albán o Tres Zapotes. También permitiría explicar la iconografía de la pitón que subyace bajo la leyenda de Quetzalcóatl y podría demostrar que es la fuente de la adoración al sol de los Viracochas de Tiahuanaco, la arquitectura megalítica de Sacsahuamán y los barcos de junco del lago Titicaca.⁶

Lo que sin duda parece claro es que Diodoro en ningún caso confunde la Atlántida situada frente a las Columnas de Hércules con esa otra porción de tierra mucho más alejada de las costas occidentales de África. Así lo demuestra el párrafo que antecede inmediatamente al que hemos citado más arriba de este historiador:

Una vez que hemos debatido acerca de la isla situada entre las Columnas de Hércules, hablaremos ahora de aquella que está situada en el océano. En efecto, mucho más lejos de Libia, a varias jornadas de viaje hacia occidente, existe una isla de considerable tamaño.⁷

Y corroborando el conocimiento que autores como Aristóteles tenían de tales tierras emergidas en el océano, al que aludíamos al principio de este capítulo, vemos como el Estagirita atribuye a los cartagineses el descubrimiento de tales extensiones de tierra en *De Mirabilia Auscult.*, cap LXXXIV. Y en otro pasaje (*Bibliothecae Historiae*, libro III, 53) el geógrafo contemporáneo de Julio César sostiene que los atlantes habitaban el litoral del océano y que su imperio se extendió sobre toda la tierra, sobre todo por el lado occidental y septentrional. Sorprendentemente dice Vidal-Naquet (2005:52) que el texto de Diodoro es el único que deriva de una fuente distinta a la de Platón, pues parece olvidar la referencia que él mismo proporciona del texto de Eliano.

En el segundo acto de su *Medea* el romano Séneca (3 a.C.-65 d.C.) profetiza que un día el océano dejará al descubierto nuevos continentes y la isla de Thule no será ya el fin del mundo, lo cual nos conduce a la pregunta de la fuente de la que extrajo Séneca la idea de que las tierras emergidas del planeta no se reducían a las del Viejo Mundo. Por su

⁵ Diodoro Sículo: *Bibliothecae Historiae*. Libro V, 19.

⁶ Schock, R. M.: *Escrito en las Rocas*. Oberón. Madrid, 2002, pp. 133.134.

⁷ Diodoro Sículo, óp. cit., libro V, 19.

importancia histórica, no solo en el tema de la Atlántida sino en la influencia que al parecer ejerció sobre Cristóbal Colón, lo reproducimos en su original latino y en la traducción castellana.

Venient annis saecula seris / Quibus oceanus vincula rerum /Laxet et ingens pateat tellus / Tethisque novos detegat orbes / Nec sit teris ultima Thule. (Siglos vendrán en el futuro del mundo en que el océano aflojará sus ligaduras y aparecerá la tierra en toda su extensión; Tetis descorrerá el velo de nuevos continentes y Thule ya no será el extremo confín del orbe.)⁸

Siguiendo nuestra relación encontramos en el siglo I de nuestra era el caso de Plinio el Viejo (23-79 d.C.), que cita el hundimiento de la Atlántida como ejemplo de catástrofe natural (*Historia Natural*, II, 204-205) y refiere la existencia de una isla llamada Atlantis frente a la cordillera del Atlas. Hacia el 45 d.C. Pomponio Mela describe en *De situ Orbis Libri* una gran isla situada en el Atlántico y dotada de exuberante vegetación.

Una isla donde la tierra misma produce por su cuenta abundante cantidad de frutos que renacen y se suceden sin terminar, de modo que sus habitantes pasan los días sin inquietudes, más felices que los que viven en magníficas ciudades.⁹

El ya mencionado Plutarco (46-120 d.C.), aunque se basa en el testimonio de Platón, nos da una información complementaria de capital importancia en su *Vida de Solón*, pues pone nombre a los sacerdotes que informaron a Solón sobre la Atlántida: Psenopis de Heliópolis y Sonchis de Sais. En la misma línea que el comentario realizado en torno al fragmento de Eliano, tenemos aquí otra prueba bien de la existencia de una fuente desconocida del relato o de la generación de una fabulación complementaria surgida a raíz del texto platónico. Idéntico comentario merece el texto (XVII, 7) de la segunda mitad del siglo IV de nuestra era del historiador romano Amiano Marcelino (330-400), quién al analizar los distintos tipos de seísmos se refiere al hundimiento de una Atlántida “*más vasta que Europa*” como consecuencia de una erupción volcánica. Ambos apuntes, que el desastre se debió a un fenómeno volcánico y la comparación con Europa, nos obligan a pensar en una tradición distinta a la platónica. Y el propio Plutarco nos habla en un tratado titulado *Sobre la cara que está en el disco de la Luna* de dos lugares situados más allá del Estrecho de Gibraltar, la isla de Oigigia a cinco días de navegación al oeste de Inglaterra y un auténtico continente denominado “*tierra de Cronos*”. Ello indica cuando menos que en la antigüedad clásica existía una información mucho más precisa de lo que hasta ahora se ha sospechado acerca de la existencia de tierras emergidas en el océano atlántico.

El judío helenizado Filón de Alejandría se refiere a la Atlántida en el contexto de la autoridad platónica en su obra *De Mundi Incorruptibilitate*. Tertuliano también se refiere a la Atlántida en términos parecidos y como argumento en contra de la idea de que los cristianos son los responsables de todas las calamidades. Arnobio se refiere al relato platónico en términos y con objetivos muy similares.

A pesar de no mencionar el asunto de la Atlántida en su relación, no puede faltar, por lo significativa que resulta para informarnos sobre la atmósfera secreta que revestían en la antigüedad las noticias referidas a los mares situados allende el estrecho de Gibraltar, la referencia a la obra de Rufo Festo Avieno, poeta latino del siglo IV de nuestra era que en su *Ora Marítima* –según Schulten inspirada en un texto del siglo VI a.C.– narra el periplo de

⁸ Séneca: *Medea*. Acto II.

⁹ Pomponio Mela: *De situ Orbis Libri*, III, 10.

unos navegantes massaliotas por la costa occidental del continente europeo. He aquí lo que nos refiere Barceló basándose en la obra del vate romano:

En el año 348, cuando Roma y Cartago concluyeron su segundo tratado de comercio, quedó prohibida para todos los extranjeros la navegación al sur de Mastia –Cartagena–. Cartago fue dueña del Estrecho y, por tanto, del Océano. Envío para reconocerlo dos expediciones: una mandada por Hannón, que siguió la costa occidental del África, y otra por Himilkon, que navegó hacia el norte en busca de estaño y ámbar... Cerrado el estrecho, ‘las columnas de Hércules’ se transformaron para los griegos en el *Non plus ultra*, en el símbolo de lo infranqueable. Píndaro las cita en este sentido hasta cuatro veces. Los cartagineses propalaron falsas o exageradas noticias de los peligros que el Océano reservaba a los navegantes: honduras insondables, densas nieblas, fuertes vientos y largas calmas, monstruos marinos, ballenas. Y por si no faltaran tales augurios para detener a los marinos griegos, los cartagineses echaban a pique la nave audaz que se aventuraba por aquellos mares. Hasta la conquista de España por los romanos –200 a.C.– no se volvió a abrir el Estrecho. Y aún supieron los astutos semitas guardar el secreto del estaño hasta la conquista de la Bretaña por los romanos.¹⁰

Crantor, discípulo de Platón que vive en el siglo IV, afirma que observó –amén de un peplo bordado con la historia en las fiestas Panateneas– las estelas jeroglíficas que enseñaron los sacerdotes egipcios a Solón. Este testimonio es de capital importancia por dos razones. Una, porque supone un intento de verificación empírica de las fuentes en que Platón dice sostener su relato y muestra indirectamente que entre los propios discípulos de Platón la veracidad del relato no era en absoluto incuestionada. Y en segundo lugar, porque nos pone sobre una de las pistas fundamentales para elucidar la deconstrucción del relato platónico en sus elementos históricos reales: me refiero a la existencia de los relieves del templo de Medina-Habut, donde se describe el combate entre la flota egipcia y las embarcaciones de los denominados “*pueblos del mar*”.

También existen autores como Amenio, Orígenes, Numenio de Apamea y Porfirio que ven en el relato platónico una alegoría donde se describe el conflicto entre fuerzas y principios cósmicos.

Proclo (412-485) realizó un comentario del *Timeo*, y circunstancialmente también del *Critias*, hablando de detractores y partidarios de la existencia real de la Atlántida y aludiendo a relatos de viajeros sobre un archipiélago de siete islas y otras tres enormes cuyos habitantes conservaban el recuerdo de la desaparecida Atlantis. Pero también explora Proclo el camino de los que refutan la existencia histórica de la isla imperial y ven en el relato una analogía cósmico-histórica. De ese modo, la invasión atlante por Occidente sería un correlato de la real sufrida por los griegos por oriente a cargo de los persas. También sostiene que a nivel mítico el relato establecería una analogía con el enfrentamiento entre dioses olímpicos y titanes, y a nivel metafísico representaría el enfrentamiento entre lo Uno y la Alteridad que reside al otro lado de las columnas de Hércules. Esta forma de leer el relato es también muy importante a la hora de abordar su deconstrucción, y es evidente que el texto platónico mezcla referencias históricas reales con analogías metafísicas propias de la concepción del mundo del autor ateniense. Dicho de otro modo, a nuestro juicio no existe una contraposición excluyente entre el relato platónico como texto histórico por un lado y como reflexión cosmológico-política por otro. Antes bien, pensamos que ambos aspectos están íntimamente trabados y que parte del trabajo por realizar consiste en intentar desbrozarlos.

¹⁰ Barceló, C.: *La Atlántida*. Edimat Libros. Madrid, 1998, pp. 103-104.

En este sucinto recorrido por el mundo antiguo no podemos olvidar la obra de Cosmas Indicopleustes, cristiano nestoriano del siglo VI que nos habla de la Atlántida en su *Topografía Cristiana* (XII, 2-8). Desde su punto de vista cristiano y bíblico, Cosmas considera el relato de Platón como una versión deformada del verdadero Diluvio del que habla el Génesis. Esta forma de interpretar a Platón, no como un embustero sino como un hombre confundido, será muy frecuente a lo largo de la historia de la investigación de la Atlántida y responde a un intento –comenzado ya durante el advenimiento del cristianismo al final del mundo antiguo– de apropiarse de la fabulosa fuerza evocadora del relato de Platón en función de los intereses ideológicos y políticos de cada época y grupo social que se han acercado a la historia del conflicto entre los griegos y la isla imperial de trágico destino.

Aunque Calcidio tradujo el *Timeo* al latín en el siglo IV y la obra de Platón no desapareció con la caída del Imperio Romano de Occidente, no parece que durante la Edad Media haya habido alguna reelaboración o nueva interpretación del relato a pesar de la proliferación de numerosos lugares míticos como el Edén, el país de Gog y Magog, el reino del Preste Juan o las islas de San Brandán. Aunque sí es atribuible también a este período de la historia lo que comentan Imbelloni & Vivante:

Una característica del concepto de Atlántida, después de la antigüedad clásica, es su adherencia perdurable al pensamiento geográfico, a pesar de las modificaciones incesantes de este último. En otras palabras, aquello que fue en un principio un mero enunciado dialéctico, tuvo por destino el de ser llamado repetidamente, durante el desarrollo de la exploración del globo, a llenar vacíos y realizar vinculaciones requeridas por la necesidad del pensamiento geográfico.¹¹

Es en un contexto claramente bíblico donde a comienzos del siglo XIII Dante (1265-1321) nos habla del Paraíso como un lugar que se puede alcanzar navegando hacia el oeste, haciendo decir a Ulises en *La Divina Comedia* que a cinco meses de navegación se encuentra tal lugar, justo en las antípodas de Jerusalén. Pero parece que el conocimiento de tierras emergidas en el Atlántico se ha perdido para la élite intelectual, como demuestra el hecho de que el gran poeta nos lo presente como una vasta extensión de mar sin tierra alguna en su seno.

De modo que aunque es cierto lo sostenido por Imbelloni y Vivante en la cita más arriba referenciada, y dado el evidente retroceso originado en cuanto al conocimiento geográfico en la Edad Media respecto del mundo antiguo –y sobre todo en lo referente al océano Atlántico–, tendremos que esperar al *cuatrocento* y a las grandes exploraciones descubridoras de los imperios ibéricos durante el Renacimiento para que el asunto de la Atlántida vuelva a saltar al primer plano de las cuestiones geohistóricas de necesaria resolución.

¹¹ Imbelloni, J. & Vivante, A.: *Libro de las Atlántidas*. Humanior. Buenos Aires, 1940, p. 236.

Bibliografía

- ÁLVAR, J.: “La Precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el Estrecho”. *Actas del Congreso Internacional “El Estrecho de Gibraltar”*. Madrid, 1988.
- ARISTÓTELES: *Política*. Madrid. Alianza Editorial, 1986.
- ASIMOV, I.: *Guía Crítica de la Biblia* (II vols.). Laia. Barcelona, 1985.
- BARCELÓ, C.: *La Atlántida*. Edimat Libros. Madrid, 1998.
- BERNABÉ PAJARES, A.: “Himnos Homéricos” y “La Batracomiomaquia” (Traducción, introducciones y notas). Gredos. Madrid, 1978.
- BLÁZQUEZ, A.: *El periplo de Himilco*. Madrid, 1909.
- BORY DE SAINT-VINCENT, J. B.: *Essai sur îles les Fortunées et l’antique Atlantide, ou Précis de l’histoire générales de l’archipel des Canaries*. París, 1803.
- BRASSEUR DE BOURBOURG, E. Ch.: *Histoire des nations civilices du Mexique et de l’Amérique Centrale durant les siècles antérieurs à Christophe Colomb*. París, 1857.
- BRAVO JIMÉNEZ, S.: “El Estrecho de Gibraltar en la Antigüedad Clásica: una Visión desde las Fuentes Escritas”. *Revista Eúporos* (pp. 141-164). Algeciras, 2002.
- BURGALETA MEZO, F.J.: “El mito de la Atlántida y el estrecho de Gibraltar, aspectos geográficos en el mito platónico”. *Actas del Congreso Internacional “El Estrecho de Gibraltar”*. Madrid, 1988.
- CROMBIE, I. M.: *Análisis de las Doctrinas de Platón* (II vols.). Alianza Editorial. Madrid, 1979.
- DÍAZ TEJERA, A.: “El Relato Platónico de la Atlántida. Comentario a los Diálogos *Timeo* y *Critias*”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 42 (pp. 209-242), 1996.
- DROZ, G.: *Los Mitos Platónicos*. Labor. Barcelona, 1993.
- EGGERS LAN, C.: *Introducción Histórica al Estudio de Platón*. EUDEBA. Buenos Aires, 1974.
- ELLIS, R.: *En Busca de la Atlántida*. Grijalbo. Barcelona, 1998.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.: “La Navegación Fenicia hacia el Lejano Occidente y el Estrecho de Gibraltar”. *Actas del Congreso Internacional “El Estrecho de Gibraltar”*. Madrid, 1988.
- GRAVES, R.: *Los Mitos Griegos* (II vols.). Alianza Editorial. Madrid, 2001.
- GRIMAL, P.: *Diccionario de Mitología Griega y Romana*. Paidós. Barcelona, 1982.
- HERODOTO: *Historia*. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid, 1992.
- HOMERO: *La Ilíada*. Gredos. Madrid, 2006.
- *La Odisea*. Gredos. Madrid, 2006.
- IMBELLONI, J. & VIVANTE, A.: *Libro de las Atlántidas*. Humanior. Buenos Aires, 1940.
- LEGAZ GONZÁLEZ, A.: *La Expresión Arquitectónica de la Atlántida*. Tesis Doctoral. Universidad Politécnica de Madrid. Madrid, 2001.
- LÓPEZ MELERO, R.: “El Mito de las Columnas de Hércules y el Estrecho de Gibraltar”. *Actas del Congreso Internacional “El Estrecho de Gibraltar”*. Madrid, 1988.
- PÉREZ MARTEL, J.M.: “La Atlántida en *Timeo* y *Critias*: exégesis de un mito platónico”. *Revista Fortunatae*. Universidadde la Laguna, 2010.

- PLATÓN: *Obras Completas*. Aguilar. Madrid, 1998.
-- *Diálogos VI. Filebo, Timeo, Critias*. Gredos. Madrid, 2008.
-- *Plato. Platonis Opera*. ed. John Burnet. Oxford University Press, 1902.
PLUTARCO: *Vidas Paralelas* (IV volúmenes). Orbis. Barcelona, 1986.
SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, A.: *El Cuento del Náufrago*. ASADE. Sevilla, 2003.
SCHOCK, R. M.: *Escrito en las Rocas*. Oberón. Madrid, 2002.
--*Los Viajes de los Constructores de Pirámides*. Oberón. Madrid, 2002.
SCHULTEN, A.: *Tartessos*. Colección Austral de Espasa-Calpe. Madrid, 1979.
SPANUTH, J.: *La Atlántida*. Aymá. Barcelona, 1964.
VARIOS: *Biblia de Jerusalén*. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1998.
VIDAL-NAQUET, P.: *La Atlántida. Pequeña Historia de un Mito Platónico*. Akal. Madrid, 2006.